



Colección **ideas**

SER PROGRESISTA EN EL SIGLO XXI
por Rafael Urriola

RESUMEN

En la presente Colección Ideas se profundiza en la definición sobre qué significa ser progresista en nuestro siglo. A partir de un análisis teórico e histórico se analiza el origen y las principales ideas del progresismo actual. En el texto se abordan materias como el capitalismo y el socialismo; la crisis del paradigma capitalista en América Latina y Chile; el surgimiento del pensamiento neoliberal y el capitalismo global; el neoliberalismo y malestar de las mayorías; la conceptualización del desarrollo económico, social, ambiental y la sustentabilidad.

ABSTRACT

In this series entitled Collection of Ideas the definition of what it means to be progressive in our century is discussed. The series also analyze the theoretical and historical origins and main ideas of current progressivism. The text addresses materials such as capitalism and socialism; the crisis of the capitalist paradigm in Latin America and Chile; the emergence of neoliberal thinking and global capitalism; neoliberalism and the discomfort of the majority; the conceptualization of economic, social, environmental development and sustainability.

CAPITALISMO Y SOCIALISMO

En el Siglo XVIII en Europa tiene lugar la Revolución Francesa y, simultáneamente, surgen los análisis sistémicos sobre la connotación económica de la Revolución Industrial junto con la liberalización de la mano de obra disponible para la producción en el nuevo modo de producción. La noción de capitalismo como un ordenamiento económico y social, se atribuye a Adam Smith en su magna obra la Riqueza de la Naciones publicada en 1776. Quedaba establecido el surgimiento de una nueva clase, la burguesía, que mediante la apropiación privada de los medios de producción permitiría nuevas modalidades de acumulación.

El continente americano, así como el asiático y el africano, había sido colonizado por las potencias europeas y sus contradicciones esenciales se expresaban en independencia versus colonialismo, es decir la lucha por la apropiación de los excedentes entre una oligarquía criolla y los intereses de los estados colonialistas.

La disputa económica entre monarquías y feudalismos contra la incipiente burguesía requería complementarse con una ruptura en las maneras de la organización social impuestas por los reinados. La democracia fue



ganando terreno muy lentamente en los países, ya que las oligarquías pedían una democracia inter pares antes que una igualdad universal. Bien entrado el Siglo XX se profundizan las luchas por los derechos igualitarios en la población.

A mediados del Siglo XIX se reúne la llamada I Internacional que agrupaba a trabajadores y artesanos que ya reclamaban contra el capitalismo por el excluyente puesto a los que los estaba desplazando. Otros protestaban a causa de una sobreexplotación en las faenas. En estas jornadas convergieron no pocos anarquistas cuyo eje era la eliminación del Estado y el autocontrol de la producción por parte de los trabajadores.

Karl Marx participa en dicha conferencia, y en particular con la publicación del Manifiesto Comunista en 1848, rechaza al capitalismo como sistema y propone una sociedad comunista con un Estado dirigido por el proletariado y con propiedad colectiva de los medios de producción. Puesto que el Estado no podía ser abolido simplemente, instó a la creación de una fase de transición entre el capitalismo y el comunismo: así surge el concepto de socialismo, un nuevo orden económico, social y político.

Desde la II Internacional se formaliza la idea de la social democracia. El Partido Social Demócrata alemán llega a tener 1.200.000 militantes en 1912. El concepto general de socialismo se mantenía intacto pero la socialdemocracia pensaba que la intensificación de las reformas (cambios cuantitativos) podía llevar a un cambio cualitativo aceptando la lucha parlamentaria y las negociaciones de clase en un marco de potenciación del mundo sindical. Las actividades pioneras de los socialdemócratas alemanes permitieron que posterior a la II Guerra Mundial diversos países de Europa instalaran Estados de Bienestar o benefactores con alta protección social hacia los trabajadores y con controles razonables sobre la distribución de los ingresos que potenciaban tales acciones del Estado. La socialdemocracia se alejaba del socialismo ruso tanto como del capitalismo primitivo.

Con el triunfo de la Revolución Bolchevique en Rusia en 1918 se plasma el concepto de socialismo con predominio absoluto del Estado. La dictadura del proletariado fue intermediándose a través del partido. Las disidencias internas e internacionales fueron reprimidas. El concepto de control obrero (todo el poder a los soviets) de Trotzky o las ideas generales de participación de los trabajadores de las ligas alemanas, desarrolladas por Karl Kautsky y Eduard Bernstein, fueron dejadas de lado y sus líderes acusados de traición a la clase obrera y despedidos de los organismos que más tarde, conformaron la III Internacional en 1919, dirigida por los bolcheviques.

América Latina y Chile en los primeros decenios del Siglo XX ya habían consolidado Estados Nacionales con fuerte presencia en las instancias públicas y parlamentarias de la oligarquía terrateniente conservadora que se enfrentaba con una burguesía comercial y extractiva liberal, vinculada a las empresas multinacionales.

Simultáneamente, en Chile se expanden las ideas sociales con múltiples referentes: las Encíclicas sociales (la Rerum Novarum de 1891 que se difunde en el país 10 años después); las ideas anarquistas de migrantes perseguidos; los liberales progresistas como Bilbao, Arcos o Vicuña Mackenna; el marxismo y el anarco sindicalismo. Todo ello se desarrollaba -entre bambalinas- en las salitreras pero también entre los artesanos de las principales ciudades y los trabajadores de la Patagonia. Así nacía una perspectiva socialista en los trabajadores liderada, según el momento, por estas diferentes corrientes.

La crisis de los años 30 sorprende a las burguesías dominantes de todo el mundo. La economía tiene una autonomía espeluznante y no se concilian, automáticamente, los equilibrios financieros con los de producción; los de demanda con los de oferta; las velocidades de los flujos financieros según necesidades de los agentes, entre otros. Resultaba cada vez más difícil este funcionamiento de la “mano invisible” de Smith por la complejidad de los procesos productivos. Keynes entrega una solución que se sitúa entre el capitalismo primitivo y la socialdemocracia, es decir, reconociendo que el rol del Estado para evitar la crisis es crucial, aun en un marco estrictamente capitalista. El keynesianismo aun no pierde vigencia.

La crisis fustiga a Europa y surgen en los mismos años 30 las nefastas ideas del nacional socialismo: culpar a los demás países de los problemas y recoger amañadamente las ideas socialistas que abrazaban multitudes de trabajadores. En este contexto, surge el fascismo de Mussolini y el nazismo de Hitler que confunde a comunistas y socialdemócratas enfrascándose éstos en una lucha, finalmente casi fratricida, facilitando el ascenso del fascismo.

En Chile, en la época, se “relajan” los controles y se propagan las anomias. Se genera una república socialista que dura apenas algunos días; nace el Partido Socialista, se fortalece el Partido Radical y finalmente, el Frente Popular gana las elecciones con Pedro Aguirre Cerda en 1938 con el lema “gobernar es educar” y con un programa que otorga una importancia inédita al Estado. Se crea la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) que cambió el eje de la política económica en el país.

Al mismo tiempo se incubaban los conflictos en Asia que disputaban la hegemonía japonesa en la región y las expectativas hitlerianas que pretendían el control completo de la Europa. Hitler, ataca primero a una burguesía judía en Europa central para luego avanzar hacia el Este destruyendo al enemigo comunista. Los resultados son conocidos pero, sin duda, Stalin no habría tenido el respeto de estadista si no hubiese derrotado al ejército nazi en la invasión a Rusia. La URSS nace de este conflicto y el bloque socialista-soviético se fortalece de manera significativa.

El final de la Segunda Guerra Mundial abrió paso a la llamada Guerra Fría. Se inició una competencia desenfadada por mostrar las bondades de unos u otros. Sin negar los “golpes bajos” y el desarrollo de una intensa y sofisticada campaña de acciones de agencias de inteligencia. La competencia llegó incluso a saber quién llegaba primero a “caminar” en la Luna.

Nuestro país no fue ajeno a esta batalla global. El presidente del Partido Radical, González Videla, en 1948, apoyado electoralmente por los comunistas, como los anteriores presidentes radicales, termina proscribiendo al PC influenciado por la política norteamericana de la época y, de paso, terminando con la imagen progresista del PR.

El fin de la llamada “ley maldita” que proscribía a los comunistas, fue abolida por el Presidente Ibáñez del Campo (1952) y así se restableció la democracia. Mientras Allende levantaba su primera candidatura presidencial en ese año; Clodomiro Almeyda se sumaba al gobierno de Ibáñez. Como sea, solo Allende en esa campaña presidencial proclamaba el socialismo como objetivo de su lucha política.

LA CRISIS DEL PARADIGMA CAPITALISTA EN AMÉRICA LATINA Y CHILE

En 1957 se crea el Partido Demócrata Cristiano como escisión del Partido Conservador y como parte de la Falange. Si bien su incursión en las elecciones de 1958 fue modesta, en cambio, logró solo pocos años después (1964) poner un presidente de la República. Su consigna “Revolución en Libertad” tomaba dos términos emblemáticos: el de la izquierda (revolución) y el de la derecha (libertad). La irrupción del socialismo en la región (Cuba) cobró un enorme atractivo en las juventudes chilenas. Las ideas de la revolución asustaron -con justa razón- al conservadurismo nacional. La tercera candidatura de Allende parecía imbatible. La derecha retira sus fichas (al radical Julio Durán) y decide apoyar a Eduardo Frei Montalva pese a sostener ideas de “socialismo comunitario”, de la reforma agraria (problema que jamás aceptó la derecha chilena) y de la “chilenización” del cobre.

El gobierno DC, aun realizando estas promesas de Reforma Agraria y nacionalización del cobre, estuvo por debajo de las expectativas del movimiento social. En noviembre de 1967, los trabajadores pararon el país porque se pretende pagar el reajuste salarial con bonos. La represión a los trabajadores se suma a una efervescencia en el marco de los estudiantes que, en 1968, reclaman por una reforma universitaria de fondo. La Universidad de Chile es tomada en casi todas sus facultades.



Chile en 1969, exacerba sus contradicciones. La DC aparecía representando la política para amortiguar las realidades de exclusión y marginación de fracciones importantes de la población. Surge el MIR, fundado cinco años antes, y se radicalizan las posiciones programáticas del PS. De hecho, el Congreso del PS de 1967 declara que la lucha armada es una vía posible. Al interior de la DC se exacerban las contradicciones entre fracciones. Estas luchas generan el nacimiento de los MAPU y de la Izquierda Cristiana como escisiones de la DC que permitirían el triunfo de Allende en 1970.

El concepto general de socialismo se desdobra en el debate entre socialismo democrático encabezado por Allende versus el camino al socialismo a la cubana. El PC, siguiendo más bien los lineamientos del XX Congreso del PC de la URSS se alinea con la posición de Allende. Nacionalización de las empresas estratégicas, funcionamiento del mercado y democracia formal. El modelo chileno podía ser mucho más peligroso, se dice que opinaba Kissinger, que las guerrillas que habían triunfado en Cuba en 1959.

Todos los gobiernos de América Latina que intentaron reformas, aun tibias, fueron mal vistos por Estados Unidos desde Arbenz en Guatemala en 1954. La “Guerra Fría” fue implacable y a fines de los 60 derrocó o eliminó a los gobiernos de Velasco Alvarado en Perú, el neo peronismo en Argentina, el reformismo en Bolivia y en Brasil. Se instaló la idea de que aun las mínimas reformas podían abrir paso al socialismo y se sucedieron los golpes de Estado, incluso el que derrocó a Allende.

EL SURGIMIENTO DEL NEOLIBERALISMO Y EL CAPITALISMO GLOBAL

Pinochet fue monitoreado ideológicamente por los intereses reales, económicos y políticos, de la aristocracia chilena que lideró la oposición a la Unidad Popular. El “Ladrillo”, documento que solo se conoció públicamente 10 años después, sentaba las bases de la recuperación capitalista del sistema. El neoliberalismo, como idea general, encontró en Chile una caja de experimento inigualable.

Solo en 1989 se conoce el Consenso de Washington, así bautizado por J. Williamson pero que, en realidad era la síntesis de los “consejos” que los organismos internacionales (FMI, BM) venían aplicando previamente en Chile con extrema rigurosidad durante varios años: disciplina presupuestaria (los presupuestos públicos no pueden tener déficit); focalización del gasto social solo en la extrema pobreza; reforma Impositiva en favor de impuestos al valor agregado; liberalización de los tipos de interés; liberalización del tipo de cambio; liberalización de las barreras aduaneras; eliminación de las barreras a las inversiones extranjeras directas; privatización (venta de las empresas públicas y de los monopolios estatales); desregulación de los mercados; desregulación del mercado laboral; y, protección de la propiedad privada. Chile - con Pinochet- había adoptado totalmente estos lineamientos.

La década de los ochenta -la del ajuste neoliberal- terminó siendo bautizada por la propia Cepal como la década perdida para la América Latina. En efecto, durante estos diez años no sólo se empeoraron los indicadores sociales y aumentó la pobreza sino que, al final del período, sólo dos países (Colombia y Chile) habían logrado aumentar su producción per cápita, pero en proporciones absolutamente ínfimas en relación a los promedios históricos. El neoliberalismo debía reconocer su ineficacia.

El neoliberalismo “puro” no logró superar la prueba de la práctica. En 1982, Chile tenía niveles de desempleo real que superaban el 25% y una caída del PIB de 10%. La crisis es enfrentada con más privatizaciones y mayor desmantelamiento del Estado. El modelo neoliberal chileno se consolidó. Se privatiza la educación otorgando subsidios a establecimientos privados; la salud abre la creación de las Isapres incluso con subsidios para que las personas dejen al Fonasa; se crean las AFP's; y se privatizan las aguas. Los posteriores gobiernos de la Concertación complementaron los sistemas de privatización en puertos, telefonía, transporte, etc.

Con este contexto económico y la Constitución que plebiscita la dictadura en 1980 para su perennidad, se esperaba que Pinochet pudiese ser ganador del plebiscito de 1989 y seguir gobernando hasta 1999 (26 años de dictadura). El presidencialismo excesivo de Chile era pensado para que Pinochet gobernara desde Santiago y en Valparaíso el Congreso no tuviese injerencia real. La Constitución lo aprobaba. El esquema parlamentario binominal, para mayor seguridad, permitía que con solo 34% de los votos se mantendría la mitad de los representantes. Más aun, la constitución de Pinochet tenía una serie de senadores designados por el Mandatario (siempre pensaron que éste no podía sino ser Pinochet) que aseguraba la perpetuidad de un sistema perfeccionado de neoliberalismo.

Un cúmulo de circunstancias permitieron que en el plebiscito del 5 de octubre de 1988 se uniera la oposición al dictador. Debe reconocerse que incluso EE. UU., ferviente defensor de la dictadura en sus comienzos, ya no la apoyaba. El NO a la dictadura gana el plebiscito y se abre un respiro para Chile. Los sistemas represivos y las propias FF. AA. siguieron obedeciendo a Pinochet hasta su reclusión en Inglaterra. Chile vivió un período bajo amenaza de los militares dictatoriales. Ni los procesos de derechos humanos y menos, los mecanismos por los cuales se privatizaron las empresas públicas, podían ser examinados.

El 9 de noviembre de 1989 cae el Muro de Berlín. Hasta ahora, los análisis de las causas y procesos que desembocaron en esta situación no son unánimes ni suficientes. Lo concreto es que esta fecha es simbólicamente el reconocimiento del fracaso del socialismo real propugnado por los partidos comunistas del mundo. Desde allí se desintegra el bloque socialista. La Unión Soviética en pocos años vuelve a ser Rusia y todos los países de la órbita del Este se reconstituyen. Algunos, como la antigua Yugoslavia, se desintegran. El socialismo ya no tiene un referente. Persisten, sin embargo, China y otras experiencias socialistas de países menos significativos en términos de PIB o población (Cuba, Albania, Vietnam).

El fin de la Guerra Fría -uno de los polos se había esfumado- hizo pensar a algunos que era el fin de la historia. Si bien, la historia puede no ser la “historia de la lucha de clases” como se dijese hace 160 años, las contradicciones sociales siguen vigentes. De este cambio, algunos partidos del espectro chileno no han dado cuenta y, más bien, han evitado una discusión ideológica doctrinaria. Ni el Partido Comunista ni el Partido Socialista en Chile han realizado congresos o debates serios que examinen los principios anteriores y los sitúe en una nueva situación doctrinaria.

La Concertación en Chile -como alianza del centro con la izquierda tradicional- demuestra una capacidad de manejar la coyuntura con una dosis importante de pragmatismo. Mostrar que el cambio no era el caos o volver a los tiempos de las polarizaciones de la UP era muy importante, especialmente porque las FF. AA parecían estar esperando un “error” de la Concertación para retomar el poder. Este adecuado manejo político tenía además una condición tácita: no tocar los principios ideológicos, políticos ni económicos del sistema y no “revisar” los procesos de privatización efectuados durante la dictadura. La Concertación gestionó el sistema

económico y le dio un carácter más democrático en lo político pero no logró reducir las desigualdades.

La dictadura había logrado grandes triunfos ideológicos. Acusar de “comunista” a cualquier opinión disidente; estimar que el mercado es lo mejor para decidir cualquier actividad; estigmatizar al Estado como ineficiente y a la empresa como eficaz; desdeñar la democracia de los votos como manera de resolver los temas institucionales. La Concertación trató más bien de pasar la “prueba de la blancura” y se plegó a estas ideas. Los primeros años concertacionistas apaciguaron las dudas de los “cancerberos” del sistema neoliberal pero, simultáneamente, frustraron a quienes pensaron que el NO era un cambio estructural y rápido.

La Concertación logra resultados económicos importantes en la década de los 90. No obstante, ello se basa en una privatización generalizada de las concesiones mineras. Las estadísticas también arrojaban una reducción de la pobreza y la indigencia. Chile era modelo del FMI y del Banco Mundial. Se logró una simbiosis entre el modelo neoliberal y la gestión de una “izquierda racional”. Esta estrategia es avalada por una tecnocracia internacional y soportada por la mayoría de los empresarios porque los “negocios” funcionaban.

La Concertación, arguyendo la diferencia de los partidos que la componen, redujo su accionar a un pragmatismo básico. La consigna de “en la medida de lo posible” permitió reducir las expectativas de la población. El Partido Socialista se adecúa a una práctica que no tiene por objeto una visión de sociedad; ya sus congresos no discuten del proyecto de sociedad que pregonan. Igual el Partido Comunista es una imagen etérea y sin claridad en las perspectivas, porque no ha examinado su historia. El PC hoy representa cerca del 5% de los votos, pero éstos los necesita la Concertación.

También en los años 90 se empieza a consolidar el proceso de globalización mundial facilitado por el impresionante desarrollo de las tecnologías y las comunicaciones que exacerbaban las interdependencias entre los distintos países del mundo. La globalización propugna: políticas hegemónicas y homogéneas a nivel mundial para las economías; deslocalización de la producción (el capital sigue a los lugares que ofrecen menores costos); proliferación de los paraísos fiscales y de técnicas depuradas para reducir el pago de impuestos de las grandes transnacionales. La creación de la Organización Mundial de Comercio en 1995, que sucede al GATT, consolida las aperturas de los mercados. China ingresa a la OMC en 2001.

El Tratado de Maastricht, que da origen a la Unión Europea a partir de 1993, creando el euro y la ciudadanía única, fortalecen la globalización. El triunfo de la hegemonía globalizadora en lo económico arrastra en Europa a los partidos socialistas tradicionales. Durante años en diversos países se suceden gobiernos conservadores y socialdemócratas sin que la población capte las diferencias en cuanto a las directrices de las políticas generales de unos y otros.

Desde 1987 surgen algunas críticas, que han perdurado. Se publica, en ese año, el Informe Brundtland -originalmente llamado “Nuestro futuro común”- que centra sus conclusiones en el desarrollo sustentable: garantizar las necesidades de las generaciones presentes sin comprometer las posibilidades de las generaciones futuras (uniendo corto con largo plazo). Se critica que las condiciones del desarrollo económico no están siendo compatibles con la sustentabilidad de los ecosistemas.

En 1992 se da gran publicidad al libro “El Fin de la Historia” de Francis Fukuyama, director de Planeamiento de Política del Departamento de Estado de los EE. UU., que fue una exaltación triunfalista en favor de la

cultura occidental de consumo y de la universalización de la democracia liberal como forma final de gobierno humano. Múltiples acontecimientos posteriores muestran que el “hombre unidimensional” (Marcuse, 1954) sigue siendo una ilusión plagada de tropiezos. Aun no se examina suficientemente el rol de los países BRICS que emergieron en el marco de la globalización (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), ni la irrupción de las culturas y religiones de migrantes en Europa que han más bien roto la cohesión social. La revolución de las comunicaciones permite la instantaneidad de las reacciones sociales (Grecia, España, Irlanda en 2012; Brasil y Chile en 2013).

En este contexto es publicado en 1998 el libro de A. Giddens, director de la London Schools of Economics, “La tercera Vía: renovación de la socialdemocracia”, influida por la crisis de las políticas del Estado de bienestar. Las filosofías de la tercera vía han sido a menudo descritas como una síntesis del capitalismo y el socialismo (libre mercado versus economía centralizada estatal). Las propuestas de Giddens, asociadas al Primer Ministro inglés Tony Blair, han sido calificadas como de “neoliberalismo recalentado” por sus críticos. En realidad, las propuestas de la tercera vía no lograron constituir un referente en Europa, ni menos para América Latina.

Chile, en la década de los 90, era el “mejor alumno” de los organismos internacionales. La tasa de crecimiento anual promedio del PIB per cápita real de Chile fue de 4,1% entre los años 1991 y 2005. La pobreza se redujo de 41% a 20% entre 1987 y 2000, pero la tasa de desempleo aumentó de 8,3% en 1990 a 10,4% en 2000. El modelo funcionaba aunque los parámetros de la desigualdad también se incrementaban. El índice de Gini aumentó de 0,56 a 0,57 entre 1990 y 2000. El promedio en la OCDE es de 0,32.

Las desigualdades, la crisis y la exclusión incentivaron el populismo en América Latina. Movimientos políticos encabezados por líderes carismáticos, con seguidores de todas las clases sociales, y cuya actuación produce una gran adhesión electoral. Sus programas prometen reformas profundas aunque a menudo, difusas. El neopopulismo de los 90 tuvo una arista claramente derechista (Carlos Menem, Fernando Collor, Alberto Fujimori, Abdalá Bucaram). Pero, al mismo tiempo surgía un neopopulismo militar o militarismo populista (Conniff 2003), representado por figuras como Hugo Chávez, Lucio Gutiérrez y Lino Oviedo. Como sea, las clases dominantes no son capaces de mantener el control económico y político simultáneamente, debiendo conceder el manejo político al populismo. Es la crisis de los paradigmas neoliberales en su versión latinoamericana.

El 16 de octubre de 1998 Pinochet es arrestado en Londres regresando a Chile 503 días después, el 3 de marzo de 2000. Bien puede ser éste el “punto de quiebre” de la transición. La Concertación ya no tenía razón para insistir en solo hacer “lo posible”. Sin embargo, las diferencias entre los planteamientos programáticos globales entre derecha y Concertación se habían acortado enormemente. La política de los acuerdos de las coaliciones mayoritarias constituyó un paradigma que permitía un reformismo gradual, “sensato” y perenne. Las confianzas se afianzaban y permitían que también los rivales participaran en la gestión de los negocios.

El Parlamento Europeo da cuenta de la debilidad de las coaliciones alternativas que son similares a las de AL. EL PC y sus partidos afines, desde 1990 alcanzan a cerca del 7% del electorado (aunque en franco declive), tanto como los llamados grupos verdes o ecologistas que, a veces suman a grupos de izquierda radical. En 1999 se crea el grupo Federación Europea de Partidos Verdes y Alianza Libre Europea. En 2011 alcanzan 58 escaños (todavía solo el 7%, pero los pro PC habían descendido al 4,7%). Pese a la crisis de 2008, no hay una respuesta estructural y diferente a las propuestas tradicionales.

RECONCEPTUALIZANDO EL DESARROLLO ECONÓMICO, SOCIAL, AMBIENTAL Y LA SUSTENTABILIDAD: UNA IDEA DEL PROGRESO

La Unión Europea y la propia CEPAL (2007) han incorporado a sus agendas un concepto útil y complementario para evaluar la acción pública en favor de la protección social: la cohesión social. La Cumbre Europea de Jefes de Estado de 1997 estableció que la cohesión social es «... una de las necesidades prioritarias de una Europa ampliada (...) y un complemento esencial para la promoción de los derechos humanos y de la dignidad». De todos modos, la idea de cohesión social en Europa se institucionaliza por la necesidad de examinar en profundidad los sentimientos de pertenencia, confianza y seguridad (Consejo de Europa 2005). Define que “una sociedad cohesionada es una comunidad solidaria compuesta de individuos libres capaz de asegurar de manera sustentable el bienestar de todos sus miembros, incluyendo el acceso equitativo a los recursos disponibles, el respeto a la dignidad en la diversidad y la autonomía personal y colectiva”.

En enero de 2014 la CEPAL difunde la versión del Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe, en que se actualizan las series de los indicadores referidos al desarrollo social, económico y ambiental de los países de la región. Esta es una prueba de los cambios en las metodologías de análisis hacia visiones integrales del desarrollo sustentable.



Los derechos ciudadanos, por su naturaleza, tienden a ampliarse. Así, han surgido varias generaciones de derechos. La primera generación, conocida como los derechos “de”, entre ellos la libertad de hacer todo lo que no impida a los otros gozar a su vez de libertad, de igualdad ante la ley; luego, aparece una segunda generación de derechos considerados como las condiciones para hacer efectiva y significativa la libertad y la igualdad. Así nace el derecho al trabajo, el derecho a la salud, a la previsión, etc. Es decir, ya no sólo los derechos “de” (primera generación) sino los derechos “a” (segunda generación) y, sucesivamente, han surgido otros derechos, llamados de tercera generación, como: vivir en un ambiente libre de contaminación; el derecho a la paz mundial; a la igualdad de géneros; al respeto a la diversidad sexual; a la objeción de conciencia, etc. Los derechos para ser tales deben garantizarse e institucionalizarse. Esto busca el progresismo.

A diferencia de lo que ocurre con los derechos civiles y políticos, en el contexto de los derechos económicos, sociales y culturales, no existe todavía a nivel internacional un sistema consensuado que permita institucionalizar denuncias por la violación de los mismos, salvo casos particulares extremos como el trabajo infantil o el tráfico de órganos. En definitiva, todo aquello que puede entenderse como condición inmanente para gozar de los derechos plenos a la libertad y la igualdad. El progresismo está por incorporar a todos los derechos, las condiciones de exigibilidad, garantía que, en general, sólo existe para los de primera generación.

La protección social toma mayor importancia para los organismos internacionales justamente por la incapacidad del sistema neoliberal para asegurar la inclusión y cohesión social. La OIT lanza la Campaña Mundial sobre Seguridad Social y Cobertura para Todos (2003) y señala que protección social “quiere decir que las personas y las familias gocen de seguridad frente a las vulnerabilidades y contingencias, que tengan acceso a la asistencia médica y, que trabajen en un entorno seguro. Pero, estamos lejos de haber alcanzado el ideal de una protección social adecuada como un derecho de todos. Esto es especialmente cierto para los más pobres de la economía informal. Por lo general, ellos trabajan y trabajan duro sólo para sobrevivir y sufren múltiples formas de inseguridad. Son los más necesitados de apoyo y protección y aun así son los menos protegidos... teniendo en mente nuestros objetivos a largo plazo, podemos dirigir nuestras acciones a corto plazo hacia la universalidad y hacia sistemas integrales de protección social”.

En abril de 2009, la Junta de Jefes Ejecutivos del Sistema de las NN. UU. Adoptó la Iniciativa Mundial de un Piso de Protección Social (PPS) Universal: “Un conjunto básico de derechos y transferencias sociales esenciales, monetarias y en especie, destinados a aportar una seguridad mínima del ingreso y de los medios de subsistencia a todos, y a facilitar una demanda efectiva y el acceso a los bienes y servicios esenciales. Y, el suministro de un nivel esencial de bienes y servicios sociales tales como salud, agua y saneamiento, educación, alimentación, vivienda e información sobre la vida y el ahorro de activos que sean accesibles a todos”. El progresismo adopta en el marco de las políticas sociales la idea de PPS pero como un marco inicial incremental y jamás como “techo” a partir del cual los hogares debiesen financiar sus necesidades individualmente.

El aumento de los montos del Presupuesto Público en Chile, destinado al ámbito social después de los años 90, ha permitido aumentar los ingresos reales de las personas, especialmente del primer decil que perciben ingresos inferiores a dos dólares diarios per cápita. La proporción del gasto social sobre el Presupuesto Público es alta (gasto público social aumenta de 11,9% del PIB en 1990 a 16,5% en el 2009), pero la carga tributaria es baja (alrededor de 21%) y la desigualdad muy amplia, por lo que los impactos finales son menos significativos. En consecuencia, el progresismo debe asegurar que los niveles de la protección social sean suficientes para

asegurar, no solo superar, situaciones básicas extremas sino el bienestar social de toda la población.

Los Programas de Transferencias Condicionadas (PTC) están presentes en 19 países de AL. Tienen como objetivo reducir la pobreza, pero entendiendo el carácter multidimensional de la misma. Los beneficios se condicionan a las acciones de los receptores, por ejemplo: matricular a los niños en las escuelas públicas, obtener revisiones regulares en la consulta del médico, recibir las vacunas, o similares. Existe una crítica en el sentido que estos programas despolitizarían las transformaciones en el comportamiento de las personas que participan de ellos (sentido de derechos versus asistencialismo). Por otro lado, una tarea pendiente para la gran mayoría de los PTC a nivel mundial es contribuir de manera más directa a la superación de la pobreza y no solo a su alivio, para lo que se requiere una integralidad y complementación eficaz con programas productivos que permitan la autogeneración de ingresos sostenibles.

Los PTC tienen impactos diversos en América Latina. Chile Solidario es un programa que en 2009 (Cechini et al. 2012) cubre a 306.000 hogares (1,3 millones de personas y el 7.6% de la población nacional y el 66% de la población pobre). El gasto en el programa es sólo de 0,11% del PIB regional. Las transferencias bien orientadas de Oportunidades (México) y Bolsa Familia (Brasil) son lo suficientemente grandes como para producir una reducción significativa en desigualdad. Pero, las transferencias de Chile Solidario son tan pequeñas que, incluso con una buena focalización, no logran un impacto en la desigualdad.

Los grandes problemas de la salud son: i) asegurar la atención primaria (incluido las urgencias básicas); ii) responder a los cambios demográficos adaptando el sistema al envejecimiento poblacional; iii) responder a los cambios epidemiológicos que transforman las prevalencias de enfermedades transmisibles a no transmisibles. El sobrepeso y la obesidad, por ejemplo, son un flagelo que en EE. UU. alcanza al 20% del gasto nacional en salud y en Chile la prevalencia de la obesidad se acerca a ese país; y, iv) reducir el gasto de bolsillo que se empuja por sobre el 36% en Chile. El progresismo considera que la estructura del sistema de salud debe reformarse para definir un sistema de atención que responda a estos nuevos problemas.



En educación, también un derecho, el neoliberalismo mercantilizó el acceso y descartó la calidad porque no es necesaria para maximizar el lucro. Se privatizó parte de la educación básica y secundaria mediante subsidios a establecimientos privados que no obtienen mejores resultados que los públicos. Se masificó el ingreso a establecimientos de educación superior fuera de toda racionalidad de demanda nacional de profesionales, lo que intensificará la frustración de cientos de miles de jóvenes endeudados a la espera de un futuro incierto. La crisis de la educación en Chile es la crisis de un modelo mercantilista en esta área, ante lo cual el progresismo propone una visión pública y nacional de la educación.

El neoliberalismo privatizó los fondos de previsión y creó las Administradoras de Fondos Previsionales, cerrando además el ingreso a la institucionalidad pública. En 2014, el Estado debe concurrir a pagar el 60% de los montos de las pensiones, especialmente complementando las pensiones de quienes no logran llegar al mínimo. Son escasos los que llegan a la tasa de reemplazo de 70% ofrecido en sus inicios. Sólo uno de cada tres pesos que ingresan al sistema es utilizado para pagar pensiones, indica CENDA, el resto se gasta en administración y utilidades. Nada indica que el sistema individual sea mejor que el sistema de reparto anterior.

La exacerbación del éxito como sinónimo de riqueza monetaria ha creado una camada de “ingenieros comerciales” que no han trepidado en desarrollar ardidés para aumentar las utilidades en favor de sus empresas –por cierto mediando suculentas bonificaciones personales por rendimiento- incluso en algunos casos superando ampliamente los límites de la ética. La “letra chica” probablemente será un aporte chileno a la historia de las estafas mundiales. Empresas que renegocian deudas con sus clientes a tasas descomunales; otras, amplían contratos sin que el cliente lo sepa; más allá, las que se coluden en la fijación de precios; las siguientes, reajustan precios sin contrapeso (concesionarias viales, eléctricas, gas, agua, Isapres). Todas éstas, por cierto cual más cual menos, actúan como monopólicas o cuasi monopólicas. El rol del Estado como regulador que compense la asimetría entre consumidor y empresa ha sido postergado si no cooptado.

La política dejó de ser tema de multitudes. Aun no se define las causas. El fenómeno de la comunicación mediática; la disolución de las profundidades o antagonismos ideológicos; la diversificación de los intereses de los ciudadanos; el exacerbamiento del individualismo; el distanciamiento del Estado como institución, de las dinámicas de los hogares; en fin, todo ello podría ser también explicado por el espectacular cambio en las “prácticas” de los políticos que se han transformado en intermediadores del poder, cobrando “peajes” -más o menos éticos- a los conglomerados empresariales para consolidar sus negocios. Ninguno de los grandes grupos históricos políticos en AL (derecha, populismo, socialdemocracia, socialcristianismo) ha dejado de ser protagonista de episodios de corrupción. Aun así, toma tiempo para que la población les castigue electoralmente.

La derecha en AL ha retrocedido como nunca en la historia. Solo Colombia podría clasificarse en ese marco en 2014, en América del Sur. América Central también marcha al progresismo. El Salvador sigue dirigido por el Frente Farabundo Martí; Nicaragua por el Sandinismo; y Costa Rica será conducido por un partido socialdemócrata progresista en comparación al régimen de la Sra. Chinchilla. Sin duda, que los resultados de las gestiones son diversas. Lo que cabe notar es que las poblaciones ya no temen a elegir gobernantes alternativos.

El progresismo se basa en la democracia, en la universalidad y unicidad del voto; en el gobierno de las mayorías

(por tanto, ausencia de vetos corporativos); en la distribución proporcional en las elecciones a representantes en todas las instancias que el Estado determine (Parlamento, gobiernos regiones, municipales, etc.), y en determinaciones plebiscitarias para resolver problemas. En Suiza, por ejemplo, los ciudadanos deciden –a través de plebiscitos- todas aquellas materias que afectan esencialmente su vida. De modo que el ciudadano suizo, a los 40 años de edad, ha tomado decisiones sobre más de 1.000 temas. En tanto, en Chile, cuando más se ha votado han sido 15 veces. Esto requiere transformaciones fundamentales a la Constitución heredada de la dictadura.

La relación virtuosa entre descentralización y gobierno central no es fácil. Sin embargo hay límites necesarios a ambos extremos. La descentralización en la lógica dictatorial que imperó en Chile sólo se limitó a los procesos de desconcentración manteniéndose las estructuras jerárquicas de orden militar. Otorgar poder a las regiones implica concentrar las decisiones autónomas en un marco global participativo. Actualmente, Chile carece de un proyecto de desarrollo nacional con participación regional y aún menos, en la perspectiva del desarrollo local. Lo local y lo nacional no son contradictorios sino deben ser coherentes y sinérgicos.

En el marco del neoliberalismo los ministerios de Hacienda o Finanzas subordinan las demandas de las políticas sociales y ambientales. Esto no es un tema económico porque lo deciden, aprueban y desarrollan –generalmente- los presidentes, que no son necesariamente economistas. Es la política neoliberal que, con un afán tecnocrático, traslada las decisiones a esos niveles. Ecuador, por ejemplo, ha cambiado completamente esta lógica redefiniendo la orgánica del aparato público (justamente en la época del Presidente Rafael Correa, economista) hacia un equilibrio entre las demandas desde la lógica económica, desde la sustentabilidad ambiental y desde la justicia social.

La democracia debe ser representativa y debe poder relacionar las voluntades populares mediante el voto. Esto implica que las minorías deben tener posibilidades de acceder a los puestos de representación popular en una proporción similar a su participación electoral. Cuando esto no pasa las minorías tienen razón en desconocer el carácter democrático de la autoridad. El caso extremo es la dictadura en que el Parlamento recaía en los cuatro miembros de la Junta de Gobierno y que el Presidente era autonominado. El sistema binominal de Chile es una concepción excluyente. Pero las reformas constitucionales que no contemplen proporcionalidad en la representación de las minorías en el Parlamento seguirán siendo antidemocráticas.

El desarrollo económico local es una prioridad progresista. Los procesos colaborativos entre actores públicos y privados son difíciles y requieren persistencia y voluntad política de las autoridades locales. También estilos de gestión cercanos y dialogantes que faciliten las conversaciones, negociaciones y acuerdos interinstitucionales y con los siempre muy disímiles actores territoriales. Es en este sentido que el denominado buen gobierno local cobra relevancia en la medida en que prioriza la participación y los acuerdos horizontales con los actores más efectivos del desarrollo económico: los empresarios y las instituciones que pueden apoyarlo.

Hay relaciones asimétricas entre consumidores y productores u oferentes; entre productores y distribuidores, especialmente, los de las cadenas de retail. En economías pequeñas y con grandes desigualdades las demandas internas no permiten un sistema competitivo. Sin regulación el libre mercado estrangula al débil. La intervención estatal –entre otras, a través del SERNAC, que protege a los consumidores- ha terminado por ser aceptada incluso por la derecha política chilena entre el 2010 y 2014. Aún así, debe asegurarse que el lobby empresarial no restrinja las acciones de las instituciones que defienden a los consumidores. En países

Europeas estas instituciones no son públicas pero tienen asegurado fondos permanentes desde el Estado.

Las minorías en el neoliberalismo cultural –autoerigido como verdad universal– son reprimidas o estigmatizadas. La diversidad sexual encuentra un acérrimo enemigo en los conservadurismos. La diversidad racial se excluye mediante prejuicios de capacidades, formaciones o incluso inteligencias; la exclusión social se expresa apenas consultando por la comuna de origen porque la dictadura transformó ciertas comunas en ghettos. Claro está, los súper ricos también deben tomar providencias extremas de sistemas de seguridad, tal como en otros países de AL.

El criterio de exclusión, finalmente cultural, que prima en una aristocracia dominante puede ser el motivo fundamental para explicar el malestar de Chile. Nadie espera ser como el 1% más rico, pero tampoco quiere ser avasallado, despreciado y motivo, incluso de burla, de esa elite. El sistema funcionó durante un tiempo porque se insistió en que “trabajar duro” puede ser la manera de surgir. Incluso la encuesta Gallup de enero de 2014 ya estipuló que en EE. UU. eso ya no es más un criterio válido. En Chile, hace tiempo que no se cree aquello. Son los más jóvenes (Matamala 2013) que creen que las farmacias, las Isapres y las AFP’s deben ser públicas. Las expectativas han cambiado y el progresismo debe colocar metas razonables, agradables y logrables en un marco de creciente equidad.

¿QUIÉNES SON PROGRESISTAS?

El progresismo es una visión de la sociedad en que queremos vivir; los principios de la convivencia entre sus ciudadanos; las reglas de interrelación entre ciudadanos e instituciones; el respeto de la diversidad y la exigencia de un desarrollo sustentable. La Constitución debe reflejar estos principios. El Sumak Kawsay (Ecuador, art 276) implica “mejorar la calidad de vida de la población, desarrollar sus capacidades y potencialidades; contar con un sistema económico que promueva la igualdad a través de la redistribución social y territorial de los beneficios del desarrollo; impulsar la participación efectiva de la ciudadanía en todos los ámbitos de interés público, establecer una convivencia armónica con la naturaleza; garantizar la soberanía nacional, promover la integración latinoamericana; y proteger y promover la diversidad cultural”.

¿El progresismo es de izquierda o de derecha? Para muchos, especialmente jóvenes, estos son términos obsoletos. El término izquierda, asociado al ámbito de quienes quieren cambios políticos, proviene de la Asamblea Constituyente de la Revolución Francesa de 1789. Actualmente, no pocos de entre quienes se autodefinen de izquierda suelen terminar aplicando políticas que ellos mismos catalogan de derecha. Los de derecha pactan con los de la izquierda otorgando concesiones para distensionar conflictos confundiendo entre ellos. Los términos izquierda y derecha no son intrascendentes como dijese Ortega y Gasset en 1937, pero tampoco son útiles porque los partidos tradicionales de la izquierda, ya no son capaces de concordar sus prácticas con los viejos principios. Los izquierdistas pueden ser progresistas pero no es un sinónimo.

El respeto a la diversidad es consustancial al progresismo. No es, como se caricaturiza, una alianza entre “rojos” y “verdes” porque debe superarlos a ambos. Esto incluye aceptar las opciones sexuales diferentes; ideas religiosas personales tan amplias como las que se conocen en la actualidad; acciones culturales asociadas a orígenes étnicos, nacionales o culturales diversos. La condición necesaria es que nadie exija privilegios o subordinaciones que lesionen los principios de los Derechos Humanos y de la Constitución que aspira el progresismo.

La influencia de la masonería en Chile se hace presente desde la creación de la Sociedad de la Igualdad en 1850 (F. Bilbao, S. Arcos) que fue eliminada, por progresista, en un decreto del intendente de Santiago en solo seis meses. Sus principios -de gran vigencia- eran “reconocer la soberanía de la razón como autoridad de autoridades; la soberanía del pueblo como base de toda política; el amor y fraternidad universal como vida moral”. Destacados masones participaron en la construcción y obras del Partido Radical. Asimismo, Marmaduke Grove y Eugenio Matte Hurtado (ambos masones) fueron fundadores del Partido Socialista. Si bien, la masonería no tiene adscripciones políticas, es posible ser masón y progresista.

Las ideas y desarrollos programáticos de los movimientos ecológicos mundiales asociados a los “verdes” son pilares en el marco de las ideas del progresismo. El ecologismo ha denunciado un aspecto que no estaba en los clásicos de la izquierda: la posibilidad de que el crecimiento de la producción destruyera las capacidades del planeta para reproducirlos niveles productivos. Están fuera de nuestra imaginación las capacidades tecnológicas que la humanidad será capaz de implementar para amortiguar o revertir tal daño pero éste existe y hoy es muy grave, por ejemplo, con los impactos del cambio climático.



Las luchas por la igualdad de género son aún más recientes. La izquierda ortodoxa no incluyó este ámbito durante años y la derecha atribuía a las mujeres solo un rol reproductivo y de cuidados en el hogar. Ambos han cambiado y mucho, pero persisten prejuicios y conservadurismos. Todas las luchas por la igualdad de género son propias del progresismo.

La proporción de personas mayores de 60 años en AL pasará de 10% en 2010 a 25% en 2050, según Celade (2010). La institucionalidad ni en salud, ni en educación, ni de transporte, ni de recreación y menos lo relacionado al empleo y la previsión son adecuadas a las necesidades de una población cuya esperanza de vida superará los 80 años. El cuarto pilar de la protección social se refiere a la respuesta a las necesidades de este grupo etario: los adultos mayores.

El reconocimiento de los pueblos originarios de Chile es la deuda más difícil de precisar para las elites chilenas. 500 años de invasión; 200 años de intentos de “pacificación”; 100 años de subordinación y 40 años de supervisión policial. Las palabras diálogo, concertación, consenso, comprensión, acuerdos, no fueron usadas y quizás ahora es muy tarde para que los mismos que usaron las versiones anteriores lo intenten hoy. El progresismo debe ganar un espacio para la integración de Chile entre todos sus habitantes.

Las tecnologías de la información y de las comunicaciones han cambiado el sentido profundo de las relaciones sociales. La posibilidad de instantaneidad del conocimiento de los hechos en el planeta; la comunicación prácticamente gratuita entre ciudadanos del mundo pudiendo intercambiar documentos, imágenes y videos, cambia su percepción del mundo. Esto influye en la deslocalización de los empleos (un call center de clientes chilenos puede estar contestando en El Salvador), en la externalización de múltiples tareas en las empresas; en las formas en que los jóvenes hoy se comunican y acuerdan actividades; en las formas en que las organizaciones incluyendo los Partidos Políticos pueden comunicarse o incluso funcionar internamente. Estas modalidades deben ser parte del instrumental progresista para profundizar la transparencia, la democracia y la participación.